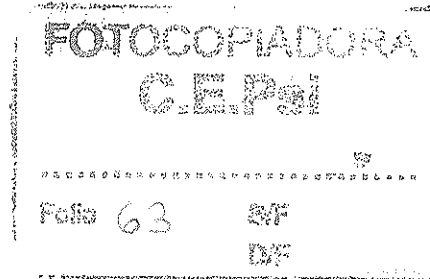


PREFACIO



El yo y su cuerpo.....	133
El yo, el encuentro pensado y el encuentro real	142
La relación amorosa: introducción al análisis de las relaciones de simetría	144
Nota sobre el concepto de realidad en la nosografía analítica	162
Reflexiones sobre el concepto de realidad en Freud.....	165
Las exigencias de la realidad. Lo permitido y lo prohibido. Lo lícito y lo interdicho	166

Parte IV
EL YO Y EL PLACER

Placer necesario y placer suficiente.....	175
El placer necesario	186
El placer suficiente.....	189
Las relaciones de simetría y su prototipo: el amor	193
Las relaciones de asimetría y su prototipo: la pasión.....	200
La relación pasional	202
Consideraciones metapsicológicas.....	212
La repartición de las demandas de placer y la exigencia de verdad	223
El concepto consciente de una pequeña parte separable de la muerte.....	232
¿Qué ocurre del lado del analista?.....	238

Parte V
DEL AMOR NECESARIO A LA TRANSFERENCIA ALIENANTE

Simetría y asimetría en la relación transferencial	249
Los caracteres de asimetría	253
El deseo de alienar y la inducción pasional.....	267
Del amor necesario a la pasión alienante.....	282
Del lado del analizante.....	286
Del lado del analista.....	296

Los textos publicados a continuación fueron escritos para ser luego «hablados»: representan el conjunto de seminarios que he dictado durante 1977-1978. ¡ Nunca he conseguido retomar uno de mis seminarios, o uno de mis textos, sin descubrirme escribiendo otro nuevo: ésta ha sido una de las razones que me decidieron a conservar su forma oral y, con más exactitud, lo que llamaré su «forma seminario», a pesar de los inconvenientes que ello implica.

Al hacerlo no he querido simplemente evitar el trabajo necesario para convertir ciertos textos en capítulos de un

¹ Lo que llaman, y que yo misma he terminado por llamar el «Seminario Sainte-Anne», comenzó en 1962. Quiero agradecer aquí a Georges Daumézon, que me ofreció el aula donde el seminario se desarrolla desde entonces, y, oferta mucho más preciosa, la posibilidad de proseguir en su servicio una experiencia sin la cual no hubiera podido plantearme gran cantidad de preguntas, y menos aún responderlas; a Jean Clavreul, que compartió conmigo la tarea de animar el seminario durante los seis primeros años; a François Perrier, que aceptó esa misma tarea durante 1969; a mis colegas y amigos que, al venir a tomar la palabra, han permitido que los oyentes y que yo misma aprovechásemos su trabajo. A estos últimos les debo también el haber demostrado que existen lugares donde se puede hablar de análisis y discutir al respecto con otro, sin preocuparse de la pertenencia institucional respectiva.

libro, cosa que había hecho para *La violencia de la interpretación*,² cuya primera «forma» fueron los tres años de seminario que precedieron a su escritura.

También consideré interesante mostrar el recorrido que sigue una investigación en el momento mismo en que se elabora; permitir que el lector compruebe las vacilaciones, las repeticiones, las promesas que anuncia el cotidiano «como vamos a ver...», y que quedan en suspenso; lo imprevisible de ciertas conclusiones de las cuales el que escribe, siguiendo el curso que le impone su pensamiento, suele ser el primero en sorprenderse; conjunto de caracteres presentes en toda conceptualización teórica antes de ser pulida por ese último barniz que se le da en el momento de convertirse en libro, en el sentido canónico del término.

Para mí, el seminario es también, y sobre todo, un «lugar de encuentro», que me obliga a tornar comunicable, cuestionable, conceptualizable, el camino recorrido por mi reflexión y mi escucha día tras día. Obligación que me he creado pero que sólo la presencia de mis oyentes hace realizable. Realización que remite a una pregunta que me he hecho a menudo y que me han formulado, también con frecuencia: ¿cuáles son las motivaciones que, desde hace más de dieciséis años, me han hecho continuar estas reuniones donde vuelco mis reflexiones en palabras? ¿El ansia de enseñar? Sí, si con este término se entiende el deseo de comunicar y la esperanza de lograr que otros compartan las opciones teóricas y prácticas que uno defiende. Pero este anhelo no es ciertamente la única motivación. No sería capaz de ocupar sesión tras sesión este lugar adonde me proyecta sucesivamente la transferencia; de aceptar la espera, la ausencia de certeza en

² Buenos Aires, Amorrortu, 1977, versión castellana de *La violence de l'interprétation*, París, PUF, 1975.

cuanto a los resultados de la experiencia, las decepciones y los fracasos a los cuales esta última me enfrenta y, sobre todo, no sería capaz de imponerme, sin sentir agresividad o demasiada tensión o demasiada angustia, esa no comunicación de mis pensamientos y de mis emociones, ni de preservar esa actividad de teorización flotante que debe poder permanecer en estado de interrogación mientras el otro no viene a darme su respuesta, si yo no pudiera encontrar en otro lugar una libertad de palabra referente a mis propios pensamientos y mis propias preguntas.

Si durante la sesión no hago más que pensar y «dejar-me pensar» por la «cosa psique», el seminario es para mí el lugar donde me permito retomar mis pensamientos; reflexionar sobre ellos, elaborar su encadenamiento, hablarlos y ponerlos al servicio de un objetivo «personal»: mi propia búsqueda de verdad con respecto a mi teoría, mi función, yo misma.

En uno de los seminarios publicados aquí, señalo que no hay verdad singular ni tampoco verdad que pueda ser pura repetición, como un eco, de la verdad de un otro: la verdad exige que sea compartida, o que se la crea ya compartida o compartible y, por consiguiente, que se crea que será compartida en un tiempo futuro. Esta propiedad y esta exigencia de una prueba de verdad explican por qué nosotros (me refiero a los sujetos) hablamos, escribimos, creemos: todo sujeto sólo puede pensar en la medida en que cree en algunas verdades (las suyas) que propone a los demás, con la convicción de que las reconocerán como tales.

Mientras el trabajo de pensamiento convierte únicamente al yo [*Je*]* en el agente y el destinatario de lo que resulta de él, nosotros nos permitimos, felizmente, dejarle

* En adelante, a menos que se lo aclare expresamente, el yo de la traducción se referirá siempre al *Je*. [T.]

ese carácter incompleto, flotante, de contradicción oculta, de fantasmaticidad que caracteriza al discurso interior. Pero exponer nuestros pensamientos oralmente o por escrito nos enfrenta a otras exigencias y otros riesgos. La prima de placer que esperamos del oyente o del lector que nos «obliga» a ese trabajo tiene que ver, sin duda, con el narcisismo, con la imagen que él nos remite de nuestro «poder pensar», pero también con el sentimiento —y poco importa la parte de ilusión que intervenga en ello— de una conformidad entre el pensamiento y la «cosa» de que ese pensamiento habla, con el sentimiento de un momento donde coinciden «palabra-pensamiento-cosa», coincidencia que nos permite creer en una posible verdad presente en nuestra palabra. Creencia efímera, pues una vez escrito el texto, una vez terminado el seminario, hallaremos la inevitable soledad del pensamiento, la inevitable cuestión de lo que ha sido comprendido u oído, de quién responde a qué, y de la trampa en la que tal vez hayamos caído mientras buscábamos, en la mirada y en la confirmación de los otros, una respuesta de la que jamás sabremos qué debe a lo que se ha dicho, a la manera como se lo dice, a la seducción que puede ejercer el lugar ocupado por el que habla. Una vez terminado el seminario experimento siempre un momento de fluctuación, un instante inasible y, sin embargo, suficiente para que ese conjunto de miradas, que he reunido para constituir con ellas el soporte y la escucha ofrecidos a mi palabra, vuelvan a ser lo que son: la suma de miradas singulares, pertenecientes a un conjunto de sujetos igualmente singulares, de los cuales, en su mayor parte, no sé ni tengo por qué saber qué harán con lo que han oído.

Momento en que me encuentro frente a mis preguntas, y a menudo frente a un sentimiento de insatisfacción referente a lo que pude decir en relación con lo que quería decir, a lo que quería comunicar en relación con lo que

efectivamente supe comunicar: y sin embargo, esas preguntas, una vez expresadas, ya no serán exactamente las mismas; algo se me ha respondido a través de la presencia de mis oyentes, a pesar de su silencio.

He corrido un riesgo, he expuesto mis pensamientos; durante el tiempo de la reunión me he demostrado que tenía razón en creerlos comunicables: el trabajo que me tomé para tornarlos así no ha sido vano; si bien no basta para aportarme la prueba de la verdad de mi manera de pensar la psique, me asegura que esos pensamientos que propongo al cuestionamiento de los demás, que propongo como objeto de su posible reflexión, merecen que se los interroge, y tienen derecho de admisión en este trabajo de construcción compartida, necesario para la preservación y el enriquecimiento de la teoría freudiana.

Ha habido razón en denunciar lo que puede tener de terrorista el saber, la teoría, los teóricos: pero en nuestra disciplina también habría que recordar lo que la ignorancia tiene de aterrorizadora por sus consecuencias.

Es cierto que cada cual escribe y habla según su ritmo, y que toda escala de valores aplicada a este registro se torna sin sentido; es cierto que podemos hablar o escribir mucho y mostrar tan sólo el vacío de nuestro pensamiento; es cierto también que podemos callarnos, no publicar y poseer, no obstante, auténticos conocimientos.

Pero la experiencia nos demuestra también que el hecho de no proponer *nunca* a los demás nada de lo que se pretende pensar puede llegar a ser una excelente manera de evitar enfrentarnos a nuestra propia sordura ¡sin contar la peregrina tendencia de ciertos analistas a creer que asociar sobre la teoría, «flotar» entre pensamientos y teorías diversos, y obligarse a ese trabajo de reflexión que exige el conocimiento de la teoría de Freud y de la práctica que ésta permite, son sinónimos!

Estas pocas palabras sobre la función que, según mi opinión, cumple el seminario están destinadas, ante todo, a agradecer a aquellos que lo hacen posible por el hecho de venir a escucharme, pero también a recordar y a prevenir, antes de abrir el juego, que lo que se va a leer sobre la relación del yo con el placer, con la búsqueda de la verdad, con el conflicto que puede oponerle al yo del otro, conserva el vínculo más estrecho con mi relación con la práctica, con mi manera de entenderla, de responder a ella, de reaccionar ante ella: escucha, respuesta, reacción, en las cuales siempre habrá un lugar para mi problemática singular tal como se manifiesta, en formas por supuesto diferentes, en mi vida privada, en mi función de analista, en mi relación con mis escritos, publicados o hablados, y de ese modo, con quienes se supone que los leen o los oyen.

El título que he elegido se inspira en otro conocido por todos nosotros: *Las pulsiones y sus destinos*. Si, como escribe Freud, la pulsión no conoce más que una meta —su satisfacción—, esta meta sólo está catectizada, tan intensa como ciegame, porque alcanzarla permite volver a encontrar ese estado de placer hacia el cual apunta la psique, sea cual fuere la instancia, o el proceso, que se considere.

Estado de placer y/o estado de quietud, de no necesidad, de silencio del cuerpo, son los únicos dos fines que conoce la actividad psíquica, los dos objetivos antinómicos que persigue. Vivir, preservarse vivo, exigen que esta antinomia permanezca desconocida gracias a una fusión que concierne ante todo al objeto fuente de placer y a su representación, objeto supuesto para que pueda realizarse y mantenerse —pero nunca de manera continua— la fusión de las fuerzas pulsionales.

Puesto que esas «cosas» que llamamos hambre, necesidad, alimento, no son representables «en sí», Tánatos,

para alcanzar su objetivo, efectuará una toma representativa de objetos que tienen la propiedad de la representatividad, pero que responden a una necesidad de naturaleza muy distinta: la necesidad de placer.

¶ Durante el encuentro inaugural boca-pecho, experiencia igualmente inaugural de un poder y de una posibilidad de placer de las zonas erógenas, un mismo objeto se ofrece a la vez como causa de la desaparición de la necesidad (y por la misma razón satisface una pulsión que tiene como únicos objetivos la desaparición de toda causa de necesidad, la exclusión y el silencio del cuerpo) y como causa del placer erógeno-sensorial. ¶

Primera fusión causal y primera fusión en el registro de la representación, a partir de las cuales el objeto que satisface la necesidad de placer —objeto que persigue y catectiza a Eros— puede convertirse en el objeto que, al tornarse durante su ausencia responsable del retorno de la necesidad (y de una necesidad duplicada, puesto que a la necesidad del cuerpo se añade la necesidad de placer), se ofrece a Tánatos como soporte de su deseo de destrucción, como el objeto que hay que rechazar, descatectizar.

Pulsión de vida-pulsión sexual, ambos términos designan ese conjunto de pulsiones, de mociones cuya satisfacción implica que sea preservado el estado vital, y de ese modo se favorezca la catectización de las condiciones necesarias para la vida: pulsión de muerte, o sea una pulsión cuya satisfacción *total y definitiva* implicaría la desaparición de todo lo que puede ser causa de necesidad y de riesgo de sufrimiento, y por lo tanto, la desaparición, la muerte del cuerpo. Eros y Tánatos ignoran esas consecuencias de su objetivo; en el inconsciente no hay representaciones de los conceptos de «vida» o de «muerte» *en sí*. Lo cual no impide que al perseguir su fin, sean precisamente las pulsiones las que decidirán nuestro destino.

Vida y muerte, si consideramos el funcionamiento psi-

quico antes de la entrada en escena del yo y del discurso, son las consecuencias de la realización de dos fines que ignoran esos conceptos y su antinomia. Esta «ignorancia», aun cuando quisiera hacerlo, el yo no puede preservarla.

La pregunta que en estos seminarios abordaré desde diferentes ángulos puede formularse así: ¿qué sucede con esas fuerzas pulsionales «ciegas» una vez que el yo tenga que «hablarlas» y pueda hacerlo, transformándolas así en esas *demandas que un yo dirige a otro yo* tornándolas compatibles con esas «exigencias de la realidad» que, por lo menos parcialmente, debe considerar si quiere conservarse vivo?

¿Qué nuevas fusiones, qué nuevos compromisos entre placer y sufrimiento, realidad e ilusión, deberá poner en juego?

¿Qué estatuto debemos conceder a esa pulsión que, como escribe Freud, no forma parte de los «factores elementales» de la vida psíquica, pulsión que solamente el yo puede actualizar y apropiarse de ella, y que llamamos «la pulsión epistemofílica»?

Pulsión que —remito a lo que escribe Freud en su estudio sobre Leonardo da Vinci— puede convertirse en la «tendencia dominadora» de todo el campo pulsional, pulsión que toma su impulso durante ese «primer acto de incredulidad», gracias al cual el yo del niño reivindica y descubre su «independencia intelectual».

En el seminario que sigue a los aquí publicados, he vuelto sobre el tema del papel que desempeñan en la experiencia analítica la infiltración, la participación de esa pulsión en el campo pulsional, del papel de esa «regresión» que, durante todo un tiempo de la experiencia, transformará la demanda de conocimiento, el deseo de investigación presente en el sujeto —demanda y deseo, por consiguiente, inhibidos en su fin—, en una demanda y en un deseo de goce. Este movimiento confirma una

comprobación que desempeña un papel determinante en el trabajo que vamos a leer: lo propio y, a su vez, lo *arriesgado* de la experiencia analítica es tener que dejar sitio, y, más exactamente, intensificar un conjunto de fenómenos psíquicos que son los mismos que la experiencia se propone hacer superar al sujeto, haciéndole reconocer que traducen defensas y demandas caducas que eliminan las causas del retorno de esas demandas.

Alienación-amor-pasión: tres destinos que la búsqueda del placer puede imponer a nuestro pensamiento y a nuestras catectizaciones, pero también tres «destinos» que la experiencia analítica puede imponer tomando como instrumento esa condición cuya presencia es necesaria para que haya análisis: el amor de transferencia.

En el análisis de la relación amorosa, relación de la cual hice el prototipo de lo que llamo las relaciones de simetría, he intentado demostrar el compromiso que el amante está obligado a preservar entre placer y sufrimiento, entre catectizaciones privilegiadas y su posibilidad de cambiar de objeto, entre el yo pensado y el cuerpo que él habita entre el placer de gozar de su pensamiento y el de gozar de su cuerpo; compromisos sin los cuales no podría preservar su investimento de la realidad, ya que se supone que eso implica la catectización por el pensamiento y por el yo de ese índice de realidad que le concierne, y que es lo único que puede darle un estatuto de existente ante su mirada y ante la mirada de los otros. Llega siempre un momento en el que el yo, en cuanto administrador de su economía psíquica y de sus catectizaciones, exigirá cuentas a esa realidad que participa de su propia naturaleza, de su propia carne.

En el análisis del estado de alienación y del estado pasional, que he tomado como prototipo de las relaciones

de asimetría, he querido aislar una «patología» particular de las catectizaciones que no pertenecen ni al registro de la neurosis ni al de la psicosis.

Tanto la fuerza alienante como el objeto catectizado pasionalmente tienen la extraña propiedad de satisfacer tanto los objetivos de Eros como los de Tánatos, y tornan posible así una fusión pulsional temporaria, y siempre precaria, que impone silencio al conflicto del mismo nombre y al conflicto identificatorio.

La droga, el juego, el otro amado apasionadamente permiten —durante el tiempo del encuentro— huir del conflicto y creer realizable y realizada la loca esperanza de haber excluido toda razón, todo riesgo, toda posibilidad de sufrimiento psíquico. Esperanza tanto más loca por cuanto el objeto que hace creer en esta realización sólo es tal porque lleva en él un riesgo efectivo de muerte, riesgo que es el precio exorbitante pagado a Tánatos para que siga siendo posible «el placer», para que el conflicto cese durante un instante y permita al yo y a Eros un momento de tregua.

La pasión no implica un cambio cuantitativo en relación con el amor, sino un cambio *cualitativo*; ella transforma lo que hubiera debido permanecer como objeto de placer y objeto de demanda, en un objeto que se ubica en la categoría de la necesidad.

Alienar su pensamiento de la ideología identificatoria que el otro defiende e impone no es simplemente optar por nuevas referencias identificatorias cuya catectización sería más segura, más fácil, más constante; ante todo consiste en descatectizar el propio proyecto y los propios ideales identificatorios, lo que *implica* la descatectización nada menos que del tiempo futuro —en provecho de la idealización masiva de un proyecto supuestamente *ya realizado* por el otro—. El deseo de alienar así como el deseo de la autoalienación no tienen como única motivación la espe-

ranza de tornar menos insistente, menos frecuente, menos dramática, la prueba de la duda y el conflicto que se origina entre el yo y sus ideales —esta motivación está siempre presente en el funcionamiento del yo—; lo que se proponen esos dos deseos, el signo de su desmesura, es la exclusión de toda causa de duda, de toda causa de conflicto, de toda causa de sufrimiento.

Para preservar esta exclusión, el yo se ve entonces obligado a dar muerte a esas partes de su propia actividad de pensamiento que permiten diferenciarla de lo que no sería más que una actividad de repetición, de memorización, de retomar como un eco algo ya pensado por el otro y para siempre.

¿Cómo una experiencia que, en teoría y por derecho, pretende estar al servicio de la desalienación puede conducir a que los *dos* participantes fluctúen en una relación pasional que en el registro del análisis y de la transferencia la mayoría de las veces coincidirá con una relación alienante-alienado, e implicar por lo tanto esa reciprocidad presente en toda relación de alienación?

No pretendo haber aportado todos los elementos que permitan responder a esta pregunta, pero sé que he dado bastantes como para abrir un camino que otros y yo misma podremos recorrer.

Enero de 1979